# La misión de Tsikuarma[1]

## Fragmento

***Por Felipe González***

**Un niño tiene** una misión encomendada por los cuatro Dioses del Viento. Un grupo de personajes de la mítica Mesoamérica, entre serios y divertidos, le acompañarán para realizar la encomienda. Todo comienza en medio de una lluvia torrencial:

—¡Padrino, padrino! —gritó Tsikuarma al tiempo que se sobaba—. ¡Ya no puedo caminar!, me duele la cabeza. —Ocelote volteó a verlo, en su mirada encontró inocencia. De repente, en cuestión de segundos, una centella le arrebató al niño de las manos, iluminando el entorno con una luz cegadora y brillante como una explosión. Los ojos de Tsikuarma se inundaron de terror y miedo. Después cayó desmayado.

—¡Tsikuarma!, ¡Tsikuarma! —gritaba su padrino aún con el cuerpo electrificado—. El bosque seguía impenetrable; después de la centella, podían verse chispas de fuego regadas por doquier, como si alguien hubiese prendido fogatas, unas por aquí y otras por allá.

De pronto, en medio del agua torrencial y del granizo, se abrió un espacio de luz que destacaba entre la espesura de la niebla. En lo alto se veían pequeñas formas humanas que volaban. Lentamente, Ocelote fue acercándose a ellas con prudencia. No medían más de diez centímetros y todas llevaban unas pequeñas escobas con las que barrían los vientos. Eran los tlaloques. Conforme barrían, más clara era la visión del lugar. Era como si abrieran las nubes y le dejaran espacio a los rayos del sol.

Conforme Ocelote fue acercándose a las extrañas figuras, eventualmente escondido entre rocas y árboles, se dio cuenta de que ya no llovía, incluso se sintió acalorado. Los tlaloques seguían barriendo los vientos, llevaban solamente un calzón de manta y una faja en la cintura de color rojo; en cada faja estaban bordados caminos circulares y flores de cuatro pétalos; sus cabellos negros y largos eran tan hermosos como sus cuerpos. Ocelote quedó muy sorprendido por la presencia de los tlaloques. Durante toda su vida había escuchado a los ancianos hablar sobre estos hombrecitos, pero nunca antes los había visto. Se trataba de los ayudantes del dios Tláloc, el Señor de la Lluvia. —"Nunca imaginé que fuera cierto" —pensó. Reparó en que un tlaloque le golpeaba las nalgas con su escoba. Al darse cuenta, los demás también empezaron a golpearlo divertidamente en todas partes del cuerpo. Los tlaloques reían con carcajadas chillonas.

—¡Déjenme por favor! ¡Déjenme! —gritaba Ocelote ante la tunda que, si bien era de escobitas, dolía más por la cantidad que por su tamaño. Parecía el ataque de miles de zancudos que, una vez que picaban, volvían a hacerlo de manera inmediata como lo hacen las abejas africanas. Cuando parecía que estaba al borde del desmayo, el sonido de un suspiro infantil le dio fuerzas y disipó a los tlaloques. Ocelote se incorporó y descubrió que estaba parado en un espacio completamente blanco.

[1] Felipe González, *La misión de Tsikuarma*, Bonobos, Toluca, 2017.




Imagen: Felipe González

Allí no había atrás ni adelante, tampoco arriba ni abajo; todo era plano. Caminar en un lugar así le causaba inseguridad, sus vestimentas sucias de lodo contrastaban con la intensa blancura en que se hallaba. El inocente suspiro volvió a escucharse. Miró a su alrededor tratando de descubrir de dónde venía. A lo lejos observó un punto negro. Caminó hacia él.

Recorrer esa dimensión fue agotador. Cada paso le causaba la impresión de que caería hacia el infinito; era como perder la dimensión del tiempo y el espacio. Avanzó sin rumbo, sin distinguir los puntos cardinales. Sólo había una referencia: aquel puntito negro; había que llegar a él sin camino trazado. El paisaje blanco y plano le provocaba sueño, abría y cerraba los ojos. —"Sería absurdo pensar que ya he pasado por aquí" —pensó mientras reía, como si él mismo se hiciera bromas.

Más adelante, el punto negro pareció tomar forma: se trataba de Tsikuarma. El padrino corrió, prudentemente, a su encuentro. Le sorprendió que llevara puesta la misma vestimenta que los tlaloques portaban. Le impresionó aún más la imagen impecable del niño, quien no mostraba quemadura alguna; su piel se veía lisa y suave como una nube.



**Felipe González** es profesor-investigador en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma del Estado de México. Sus relatos han sido publicados en diversas antologías. Fue finalista y obtuvo mención honorífica en el concurso Juegos Florales 2017 con el cuento "Entendimiento imposible", que otorga Ediciones Mis Escritos, de Argentina.